

Ya la mano recatas con cuidado,
 Que entre las del doncel abandonara
 Tu angélico candor;
 Y si él osa mirarte cara á cara,
 Te echa luego su velo sonrosado
 Solícito el pudor.

Ni ya más con la turba estrepitosa,
 En lindas noches de fulgente luna,
 Te aplace retozar:
 Ya su alegre algazara te importuna;
 Y el astro de la noche, silenciosa
 Te agrada contemplar.

Buscas los apartados manantiales,
 Amas la umbrosa soledad profunda,
 La indolente quietud:
 En dulce languidez meditabunda
 Vagas bajo los frescos saucedales
 Con muelle lentitud.

U oyendo de la tórtola el gemido
 Y el sonoro fragor de la cascada,
 Viendo el agua correr,
 Allá en el río suspirar te agrada,
 Sentada en el peñasco renegrido
 Y lágrimas verter.

Amor anhela, por amor suspira,
 Por vago, ignoto amor violento late,
 Tu inquieto corazón,
 (Que cada sér á su elemento aspira)
 Como en el nido las alillas bate,
 Y aire anhela el pichón.

Lágrimas te abren del amor la estancia,
 Como si sus dolores presintiera
 Tu instinto de mujer:
 De tus brazos escápase ligera,
 Y jugando se va la leda infancia
 Para no más volver!

Ausente de su patria, lejos de los compañeros de su infancia, de su familia, de su hogar, siente en el corazón un vacío que nada llena; borra con la mente el espacio y ve siempre un ensueño querido en lontananza. Lleva consigo la imagen de su madre: canta á *la Garza*, y le dice:

Sepultura entre flores y cristales
 A tí conceda bondadoso el cielo
 Y á mí el morir en brazos de mi madre!

.....

Recibe de la autora de sus días el presente de una flor, ya marchita y perdido el aroma, y le consagra un suspiro de indecible ternura en los versos *A una Mosqueta*: sus

hojillas
 Sin bello barniz,
 Ni olor ni matiz,
 Del todo amarillas,
 Son páginas llenas
 De tierna elocuencia
 Que más que tu esencia
 Es suave en mis penas:
 Son prenda muy cara,
 De lejos venida,

Que madre querida
A un hijo mandara.

.....
.....

Flor que brotaste allá dentro el amado
Recinto del hogar donde corrieron.
Como límpido arroyo por el prado,
Mis bellos días que por siempre huyeron.

Contesta á su hermano Manuel desde Comitán y exclama:

Permita un día el cielo,
(Sólo al pensarlo el corazón me late)
Qué allá en el patrio suelo,
O siquiera en la márgen de *Azelquate*, (20)
Demos á un mismo viento
Bajo un mismo palmero nuestro acento.

Mas cuando deja escapar toda su pasión, toda su nostalgia, la enfermedad de la ausente patria, es en *Los Cuchumatanes*, (21) lágrima del corazón, perla del sentimiento: el bardo enternecido, ve con los ojos del alma, al través de la bruma despejada, los montes azules, asilo postrero del sol moribundo, y tras ellos, modelado por el deseo, el grupo ternísimo de la madre adorada, estrechando contra su corazón al pobre proscrito, que vuelve después de larga ausencia al nido del hogar, rodeado de los amables com-

[20] Alzquate, río de San Salvador. [Nota del A.]

[21] Ande. La sierra que queda entre los territorios de Guatemala y Chiapas: prolongación de la cordillera de los Andes. Cuchumatanes. [Nota del A.]

pañeros de su infancia, que nutrió el mismo amor, arrulló el mismo cuidado, y perfumó el mismo beso maternal!

¡Oh cielo de mi Patria!
¡Oh caros horizontes!
¡Oh azules, altos montes;
Oídme desde allí!
La alma mía os saluda,
Cumbres de la alta Sierra,
Murallas de esa tierra,
Donde la luz yo ví!

Del sol desfalleciente
A la última vislumbre
Vuestra elevada cumbre
Postrer asilo da:
Cual débil esperanza
Allí se desvanece:
Ya más y más fallece,
Y ya por fin se va.

En tanto que la sombra
No embargue el firmamento
Hasta el postrer momento
En vos me extasiaré;
Que así como esta tarde,
De brumas despejados,
Tan limpios y azulados
Jamás os contemplé.

¡Cuán dulcemente triste
Mi mente se extasia,
Oh cara Patria mía,

En tu áspero confín!
 ¡Cuál cruza el ancho espacio,
 Ay Dios, que me separa
 De aquella tierra cara
 De América el jardín!

En alas del deseo,
 Por esa lontananza,
 Mi corazón se lanza
 Hasta mi pobre hogar.
 ¡Oh dulce madre mía,
 Con cuanto amor te estrecho
 Contra el doliente pecho
 Que destrozó el pesar!

¡Oh vosotros, que al mundo
 Conmigo habeis venido,
 Dentro del mismo nido,
 Y por el mismo amor,
 Y por el mismo seno
 Nutridos y abrigados,
 Con los mismos cuidados
 Arrullos y calor!

¡Amables compañeros,
 A quienes la alma Infancia
 En su risueña estancia
 Jugando me enlazó
 Con lazo tal de flores,
 Que ni por ser tan bello,
 Quitárnosle del cuello
 La suerte consiguió!!

Entro en el nido amante,
 Vuelvo al materno abrigo:

¡Oh cuánto pecho amigo
 Yo siento palpitar,
 En medio el grupo caro,
 Que en tierno estrecho nudo
 Llorar, tan sólo pudo,
 Llorar y más llorar.

.....
 ¡Oh cielo de mi Patria!
 ¡Oh caros horizontes!
 ¡Oh ya dormidos montes!
 La noche ya os cubrió:
 Adiós, ó mis amigos,
 Dormid, dormid en calma,
 Que las brumas en la alma
 ¡Ay, ay! las llevo yo.

Un inteligentísimo amigo mío, José Martí, (22) llamó á los Diéguez poetas de la fe; y fe ardiente y sincera tenía Juan en todos los ideales levantados y generosos: en el amor, en la amistad, en la patria, en Dios. La duda, que es vaguedad de luz y á veces estado patológico del alma, no se desliza en sus poesías: el escepticismo indiferente y frío no muerde su corazón: no disfraza el vicio, hoy culto, elegante y hasta atractivo, con imágenes seductoras, estilo florido y frases armoniosas, cual tósigo mortal en copa

[22] "Quién no sabe en Centro-América algo de los tiernos Diéguez? Dos hermanos fueron, Juan y Manuel, tan apretadamente unidos que lo del uno parece del otro. Patria ausente, montañas queridas, flores de la tierra, ilusiones, flores del alma, penas de amor, de vida y de destierro; todo esto tiene en esos laúdes gemelos los tonos de un sentimiento, no prestado, común, ni preconcebido, sino sincero, suave y blando. Canta la tórtola por la tarde, y cantaban los dos hermanos Diéguez. Su llanto es dulce y refresca, su esperanza es honrada y anima, sus sueños son posibles y consuelan. Yo los llamo poetas de la fe." "Guatemala." Edición de "El Siglo XIX."

de oro, ó áspid venenoso entre las flores. El arte no es para afean y empequeñecer la vida, sino para embellecerla y levantarla sobre la superficie de la tierra; no es para hacernos sentir el olor de fiemo de eso que Cañete llama flamenquerías modernas. En poesía, dijo Goethe, sólo avanza hacia nosotros lo que es grande y puro, y existe como una segunda naturaleza para atraernos ó repudiarnos.

La esperanza en un mundo invisible flota en las cántigas de nuestro poeta. Para él morir es una beatitud en *La Muerte del Justo*:

Adormecido el Justo en su postrero sueño,
Deslízase á la tumba sin pena, ni ansiedad:
Con la paz en el alma, con el labio risueño,
Ve abrirse los espacios de la honda eternidad:

La noche del pasado, de entrañas tan fecundas,
En pálidos espectros, que agitan con furor
Sus crines, erizadas de sierpes iracundas,
No aborta para el Justo sus sombras de terror.

Dolor y Consuelo es una exhortación á buscar para las amarguras de la vida un bálsamo en la virtud más pura y en la caridad más acendrada:

¡Oh sí, dulce Leonor! tiende la mano
Al escuálido, mísero mendigo:
El fardo haz leve al encorvado anciano,
Da al huérfano inocente dulce abrigo.

Busca las tiernas víctimas del hado,
En que el pesar dejó sangrientas huellas:
Tú en cuya alma también él se ha cebado,
Tú también infeliz llora con ellas:

Ahoga en tu llanto su dolor impío,
Y libre tu alma quedará de angustias,
Que el lloro de piedad es como el río,
Que torna edén las soledades mustias.

En la *Oda á la Independencia* canta con vibrante entonación á Centro-América unido y al patriotismo de sus hijos bajo la égida del derecho y de la ley:

Unión é Independencia,
Eterna unión de todos cinco hermanos:
A la ley deferencia,
¡Oh centro-americanos!
Salvarán nuestra frágil existencia.

Domeñaréis la ola
Si bogáis en la tabla más segura
De independencia sola,
Siguiendo la luz pura
Que de la Diva Temis da la aureola:

Su brillo refulgente,
De la sombra al través que el cielo enluta,
Sea constantemente
El norte en vuestra ruta;
Y la ley vuestra brújula eminente.

La amistad es para él

....hija del cielo,
Halagüeña sonrisa de los Hados.

En *El Cólera* su espíritu atribulado se eleva hasta Dios, en demanda de gracia y piedad para los suyos:

¡Piedad, piedad, Señor! al ruego atiende,
De este débil mortal atribulado:

Tú, que mis penas miras
A mí tu brazo extiende,

Gracia dame ante el Ángel de tus iras.
El brazo enhiesto, de venganza armado,
La ira celestial en el semblante,
Envuelto en parda nube el aire hiende:
Al pálido *Terror* manda delante,
Cual fatal mensajero,
Muerte anunciando por el orbe entero:

A todas partes lanza
La celeste venganza:

De sur á norte, de levante á ocaso,
Fulmina de tus iras las centellas:
Son montes de cadáveres las huellas
De su fúnebre paso.

¡Ay, ay! ¡qué fué de aquellas
Livianas ciudades,

Entre los brazos del *Placer* dormidas,
Sus ya ajadas guirnaldas desceñidas?
Despertáronse mustias soledades
Y regiones desiertas,

De corrupción y fetidez cubiertas,
Cebo de lobos y chacales fieros,
De águilas y de buitres carniceros!

Señor: aun se halla lejos de mis puertas,
Y heme á mí ya temblando cual la espiga
Ante la hoz del cegador impío.

No á la hoz enemiga

Entregues esta mies, Señor, Dios mío;
Porque granada está, y de su jugo
Nutrirse ha todavía el tierno grano.

A tu bondad no plugo
Que el rendido banano

Al peso del racimo se tronchase,
Sin que feliz mirase

La prole en torno suyo ya crecida,
Por su amorosa sombra protegida:

Ni tu bondad consiente

Que cordera inocente

A los filos perezca del cuchillo,
Dejando en orfandad al chiquitillo

De la teta pendiente;

Ni que sea del nido arrebatada

La clueca á sus hijuelos,

Que el enjambre cobija de polluelos

Bajo la ala esponjada.

¿Y yo he de dejar mi prole amada?

¿Me arrancará, buen Dios, con brazo fiero

De mi nido de amor, tu mensajero?

¿Y en el lugar ya frío

De amante padre y tierno compañero,

Mis inocentes hijas y mi esposa

Verán el rostro impío

De orfandad horrorosa?

Sabes que no á la vida
Engañoso deleite me encadena;
Que es fecunda en abrojos tierra ajena,
Y cual hiel desabrida:

Que es mi sola dulzura

La entrañable ternura

De estos que ves dulcísimos polluelos,
Bellas perlas de amor y de inocencia,
Tesoro celestial de tu clemencia,
Objeto de mis ansias y desvelos.

Helos aquí, Señor: cual soberano

Dueño de cuanto has hecho,

Cumple tu voluntad, rasga mi pecho,

Y yo llorando besaré tu mano,
 Que ya de él arrancara en crudo día
 La más cara y preciosa entraña mía.
 Piedad, piedad, ahora:
 Helas, aquí, buen Dios: he aquí el grano
 Por quien la espiga tu clemencia implora!

Hijas del desterrado vagabundo,
 A humilde obscuridad predestinadas,
 Lejos de las miradas
 Del desdeñoso mundo,
 Un tiempo, para tí, sean acaso
 De incienso y mirra delicioso vaso.
 Que acaso en lo remoto
 De inaccesible roca
 A la más bella flor nacer le toca,
 Sólo de tí sabida,
 Y sólo á tí ofrecida
 Por el desierto ignoto.
 Dales tus bendiciones,
 ¡Oh Padre Celestial que bendijiste
 A Israél, y con tu escudo le cubriste
 En tierra de Faraones:
 Y cuando el Ángel de tus iras lleno
 Se acerque á mi morada,
 Esconde entre tu seno
 A este tu gusanillo y su camada.

¡Oh que una sola cuerda fuera mía
 De la arpa del Profeta....!

.....
 Mas si muestras tu faz risueña y pía
 A la plegaria del cuitado poeta,
 De áspera voz y opaca fantasía,
 Que el hálito empañó de las pasiones;

Y tu alta providencia
 Me diera la inocencia,
 Que eleva hasta tu trono las canciones,
 Como el alba suäves
 De inmaculadas aves;
 Unísono á tus dulces avecillas
 Cantaré ¡oh Jehová! tus maravillas.

Hay objetos en la creación que llevan la poesía consigo mismos. El disco argentado de la luna, alumbrando con sus rayos melancólicos escenas de amor; el firmamento azul, tachonado de soles que giran en el espacio infinito; la verde yerba tapizando los bordes del lago, cuyas linfas de plata reflejan el cielo; el amor con sus mágicos efluvios, que todo lo encanta y diviniza; la mujer con su estética sublime, su ternura inagotable y su previsión siempre cariñosa; el pajarillo que gorjea en su nido de amor, habitado por sus hijuelos; las flores abriendo sus corolas embalsamadas para recibir el beso del rocío; el niño adormeciendo su mente virginal con la oración sencilla enviada al Criador; la cascada cantando en el desierto; los céfiros jugueteando en el pensil, todo ésto é infinitas cosas más son la poesía viviente: el poeta toma esa poesía de la naturaleza misma y la reproduce incólume en las creaciones de su fantasía: la encuentra ya hecha: su ingenio consiste entonces en la reproducción, en el plagio sublime de la realidad. Pero tomar un objeto prosaico, vulgar, pedestre y transfigurarle; una imagen grosera, elevarla á lo ideal, haciéndola pasar por el prisma hechicero de la poesía, todo en versos brillantes y cadenciosas estrofas, es el secreto del talento y del genio. Diéguez ve una garza, un gallo, un pino seco, una enredadera, cualquier objeto sencillo, y vierte en él toda la riqueza de su numen, todo el brillo de su imaginación.

Allá va el caballo padre con las yeguas, quiere decir, y la imagen vulgar se transforma en esta estrofa: